



Ngenechén, Dios de Arauco

Por Antonio Cárdenas Táboas

Editorial Becha, Rancagua

1975

Con una abierta dedicatoria, llega hasta nosotros el libro de que es autor el profesor Antonio Cárdenas Táboas; un compendio de leyendas mapuches que nos remontan a la raza aborigen que pobló las tierras de Arauco y que migró a Chile en Araucaria, a Ota en Arauco Dorado, a Alvarés de Toledo en Purén Iquiqueño y, más recientemente, a Viñedos Curicó, más conocidos Cholitas.

No es muy prodiga nuestra literatura en obras de la naturaleza del profesor Cárdenas, si bien, en otras disciplinas, hay filólogos que se han preocupado de la lengua araucana e investigadores que han hecho revisar la arqueología, la mitología, las danzas y también la posada de mestizos naturales en un valioso esfuerzo por volver las ojas a su pasado, ya casi extinguido.

Pero bien, el libro del profesor Cárdenas, en la sencillez y concisión de su estilo y cortedad de las narraciones, tiene la gracia de llevarnos naturalmente a conocer historias que nos hablan del cerro de tres patas en el pueblo de Cadete; del parque de las almas muertas en la Jota Mocha, frente al Golfo de Arauco, y donde los indios difuntos continúan su vida anterior; del mapuche que se enamoró de la luna y se transformó en árbol; de la princesa encantada de la laguna del cristalino; del chileno que cuida el tesoro de la India; del árbol malvado y de la venganza del traidor; de la legendaria figura de Manquehué, el hombre-águila; de Antiray, la flor más hermosa de Arauco; del lugar en que se encuentra el tesoro de don Pedro de Valdés; del cura Martínez de Liván Ray, la doncella del otro mar (Calequique); de la flauta encantada que derrotó al dragón; de Rayén Huentemil, la flor del río Biobío; del entierro en el lugar de los huertos; de la tragedia de Schissurán, el joven guerrero; de Lauti Manchurda, la montaña que hace ruidos; del curaigo Cuñihir y los robles sagrados; del toqui Cadegua y su amado a la plana de Purén; y de Anturay y Curiray, los lobres de piedra.

Una sola de estos breves relatos, "La curva del toro", es apoco al subtítulo de la obra, pero, en todo caso, no desmerece la importancia del conjunto en general.

Ilustrador de las cosas del soler nativo, el profesor Cárdenas, con estas leyendas que evocan la

existencia de los aguerridos mapuches, no ha pretendido otra cosa que dar a conocer, para una mayor divulgación, las costumbres y tradiciones del pueblo araucano como un aporte más al folklore nacional. Creemos, sinceramente, que lo ha logrado, pues las fuentes no pueden ser más autoritarias, ya que las llevó en su peregrinar por los países vecinos indígenas que van quedando y en los que hoy, de la misma, de las ceremonias, de los ritos, de los rituales, de los amores y querellas de los indios, que se disiparon en sombras. De ahí, entonces, el valor intrínseco de estas leyendas, pese a su brevedad; tanto, que algunas están ilustradas en cuatro páginas.

El glosario que acompaña al libro es una valiosa ayuda para la mejor comprensión de los relatos que, dicho sea de paso, se leen de un tirón, pocos son cortos, sencillos e, incluso, algunos, poéticos.

Hicimos el título: "El pehuen que se enamoró de la luna";

"Hace muchos años vivía en la zona de Coquimbo, en Arauco, una mapache alta, de amplias espaldas, pies grandes y cabellera negra. Tenía en lo alto de una colina una rara herba de paja. Vivía de la agricultura, era una especie de cortigüilla de la reducción. Solucionaba la mayoría de los problemas que tenía así consigo misma. Su nombre era Araucaria. Cuidaba con cariño de los copihueños en especial, que era el corazón de los araucanos dejados en el campo de batalla. También los había blancos, amarillos y de otros colores que alimentaban otras cosas. Araucaria tuvo un hijo y le puso por nombre "Pehuen" (pino). Este, a medida que crecía, admiraba a la luna por su blanca y redonda cara; para él era una joven hermosa que relataba entre los montes como una boda y cada noche que aparecía sobre la coddileja de Nahuicuén, salía a contemplarla y pasaba horas y horas contemplándola. Se enamoró en ella y la llamaba con sus manos a que bajara a convivir un rato con él. La luna descendía y se ponía sobre sus piernas y robóticos brazos, irradiando sus destellos de luz por toda la comarca. Ambos reían al servirle "mazal" (bebida preparada con maíz fermentado) y cuando la luna recibía de manos del muchacho un ramo de copihuejos rojos, mojaba las flores con la lava y se tenía los labios de rojo para diferenciar su amor por el soltero y solterito aborigen. La luna con su poder quería que "Pehuen" llegara al cielo, y cuando ya tenía bastante altura los demás mapuches, se dieron cuenta del niño y se escalaron; pues no mapuche no debía casarse con una hermosa extranjera, miembro del pueblo contrario de la usurpación de sus tierras y de sus vidas, y convirtieron al jovencito en un árbol, deteniéndolo en su crecimiento quedando con la altura que hoy tiene. Su madre que era muy anciana nada pudo hacer. Desde esa noche, en el árbol araucano más alto y de más esbelta figura que existe y sus ramas sencillas y duraderas de oro que cada vez que aparece la luna la abraza, suspirando en sus ramas como en un lago de cristalinas aguas.

Dicen los indígenas que la luna aún sigue enamorada del pehuen, por eso no se separa de la luna, y creen que va de noche devorando a su amado y viene a visitar con él en algún valle de Arauco".

Yerbas Béchel, Quinta Oriente, 24- VI-1976 p. 1



Ngenechén, Dios de Arauco [artículo] J. R. F.

Libros y documentos

AUTORÍA

J. R. F.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ngenechén, Dios de Arauco [artículo] J. R. F.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)